

pospuesto á la sabiduría del espíritu, confirmadnos en los propósitos hechos por la esperanza de un premio, de un galardón y de una riqueza eterna. Y ¿qué bienes pudiéramos conseguir con nuestras riquezas? Trabajos, inseguridades, gemidos, preocupaciones; agitaciones, no solamente temporales, sino duraderas y eternas. ¡Oh! no permitais, pues ¡oh Madre Santísima! que incurramos en tan funesta desgracia. Nosotros lo hemos prometido mil veces; queremos ser hijos vuestros; hijos vuestros, no sólo en la imitación de las demás virtudes, sino aún en la pobreza de vuestro espíritu.

---

## DIA VEINTE Y TRES.

### LA TRINITARIA,

Ó SEA:

#### EL MISTERIO DE DIOS UNO Y TRINO (1).

*Dominus Deus verus est: ipse Deus vivens  
regnat sempiternus.*

El Señor es el Dios verdadero: él es el  
Dios vivo y el rey sempiterno.

(JER. X. 10).

¡Oh estupendo é inefable misterio de la Fé cristiana; de la Religión cristiana! Un Dios sábio, infinito, y perfectísimo, que vió el principio de los siglos, y que entónces ya existía *ab æterno*; un Dios sábio, infinito y perfectísimo, que verá, un día, el complemento y el fin de los siglos, y que durará eternamente; un Dios sábio, infinito y perfectísimo, que todo lo abraza con su inmensa naturaleza, una, singular, y simplicísima: una, pero en la que reconocemos tres Subsistencias; singular, comun á tres Hipóstasis; simplicísima, pero en tres Personas distintas. ¡Oh misterio el más profundo, el primero de los

(1) Este sermón fué predicado en el solemne día de la Santísima é individual Trinidad.

misterios! Él es la seña de la Religión cristiana, el fundamento de aquella Fé, que predica un Dios, é inculca un Bautismo en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo!

¡Oh pueblos todos de la tierra, naciones, tribus y gentes, que vivís diseminados por el universo! llenos del más profundo respeto y de la más profunda veneración, doblad, reverentes, al suelo la rodilla: adorad á vuestro Dios; admirad su grandeza; pedid su amor.

Empero ¡oh cristianos! ¿acaso hubiera yo olvidado ahora, que estamos recorriendo el jardín de María? ¡Ah! no creais tal, mis amados hermanos! Una flor, que de improviso se ofrece ante mi mirada, y que de repente viene á exaltar mi imaginación, me anima, me mueve y me impulsa, en este instante, á hablar del asunto, que acabo de indicaros en el exordio de mi discurso.

¡Oh flor admirable! Y ¡de qué encantos no te revistes, qué misterios tan sublimes no nos descubres, y qué arcanos tan insondables no nos revelas! Examinadla atentamente, hermanos míos, su nombre mismo ya os la describe. Es la flor... mas, ántes, inclinad con reverencia vuestra frente, purificad vuestros oídos, á fin de que yo pueda pronunciar dignamente ese nombre sacrosanto: es la flor Trinitaria. Héla aquí: ella crece en lo más alto de los collados; las Rosas la rodean, las Azucenas la embellecen, los dorados Botones la circuyen, y las Verónicas más majestuosas y agraciadas la engalanan. Su tallo es variado y nudoso; sus hojas son tres, dispuestas, alternativamente, y á cierta distancia una de otra; y de un sólo tallo surgen tres ramillos inferiores simplicísimos, y sobre estos tres ramillos, aparecen, igualmente, otras tantas flores, que se abren cada tres días; y cada una de esas flores posee una corola dividida en seis pétalos, tres de ellos interiores, y los otros tres exteriores; y los tres pétalos distingúense por tres colores distintos, á saber, amarillo encendido, rojo vivo, y blanco, de fulgido candor; y las tres ramas filiformes hállanse divididas en tres distintas; y adornan dicha planta tres estambrecillos reunidos en uno solo.

¡Oh flor misteriosa sobre todas las demás! flor que nos simbolizas á Aquella, que, tiñéndose de triple color sobre la tierra, adoraba con su amarillo el poder del Padre, admiraba con su blanco la sabiduría del Hijo, y deleitábase con su rojo en el amor eterno! ¡Oh! tiene esta noche, con esos colores, nuestros miserables pechos, nuestros miserables corazones! Sí, mis amados hermanos; hé aquí lo que nos dice esa misteriosa flor, hé aquí el ejemplo que nos ofrece esta noche nuestra Madre María. Adorar el poder, admirar la sabiduría, é invocar el amor de nuestro Dios, uno en su naturaleza, trino en las personas,

eterno, infinito, omnipotente y perfectísimo. ¡Oh flor misteriosa de la altísima Trinidad! haz que mi lábio sepa hablar de tan sublime misterio! haz que nuestros entendimientos alcancen á comprender tan infinitas grandezas! Tú, que iluminada por Gabriel; fuistes la primera en conocer, y que, humillada, adoraste á la individa Trinidad, derrama un rayo de tu luz sobre nuestros débiles entendimientos, y afirmamos en la fé de un Dios uno, y, juntamente, trino; uno en su naturaleza, y trino en sus personas; concédenos la gracia de adorarle en su poder, admirarle en su sabiduría, é invocarle en su amor. A. M.

Adorarás al Señor, tu Dios; á Él, solamente, prestarás el homenaje de tu sumision. Tal es el primer precepto que nos impone el Altísimo. Y cual precepto digno de aquel Dios que lo impone, fué promulgado con aquel aparato mismo que, segun os manifesté el domingo último, se promulgaba siempre el gran precepto del amor. El retumbar del trueno hacia eco con la voz del Altísimo; densas nubes velaban su majestad; y un ángel, de blanca cabellera, de imponente aspecto y de sobrehumana grandeza, representaba su persona. Y, bajo tal poder, inclinábase el monte; y ante aquel fulgor, oscureciase el sol, y la tierra temblaba ante tal espectáculo.

Y sin embargo, no era más que una sombra de aquella infinita grandeza; una sombra semejante á aquella que se ofrece en el Horeb á la vista de Elías, cuando tras una furiosa tempestad, despues de un viento, capaz de trastornar los montes y de quebrantar las peñas; despues de un terremoto, capaz de destruir la tierra; despues de un fuego, capaz de abrasar el universo, dejábase ver, finalmente, el Eterno, rodeado de sus esplendores.

Y ¿con qué grandiosidad no nos representan y nos describen á ese Dios los videntes de Judá, los inspirados profetas? «Oí, exclama Habauc, tu anuncio ¡oh Señor! y quedé lleno de temor. Vendrá Dios del mediodía, del monte Pharán. Su gloria cubre los cielos, y la tierra está llena de sus alabanzas. Resplandecerá como la luz: en sus manos está escondida su fortaleza. Si camina, lleva delante de sí la muerte; le precede el juicio. Parose, y midió la tierra. Echó una mirada, y acabó con las naciones, y quedaron reducidos á polvo los altísimos montes. Encorvóronse los collados del mundo al pasar el Eterno. Viéronte los montes ¡oh Señor! y se estremecieron: retiráronse los hinchados ríos. Alzaron su voz los abismos, y levantó sus manos suplicantes el profundo mar. El sol y la luna se mantuvieron en sus puestos: marcharán ellos al resplandor de tus saetas, al resplandor de tu relumbrante lanza. Tú, irritado, hollarás la tierra, y en tu furor

dejarás atónitas las naciones» ¿Quién pudiera, pues, ¡oh cristianos! comprender la grandeza, la fortaleza, y la omnipotencia de nuestro Dios? Contéplase á sí mismo, y engendra un Hijo, que le es igual, eterno, infinito, omnipotente y perfectísimo; mira los montes, y se convierten en llamas; contempla la tierra, y dan un estallido sus quicios. Abrasados serafines le rodean, pero poseidos del más profundo terror; densas nubes le circuyen; mas esas nubes hállanse henchidas de saetas y de rayos; un trono eterno lo sustenta; mas ese trono hállase revestido de llamas las más encendidas y activas. Llama á la tierra, y ésta le responde desde la nada; llama á los mares, y éstos, reverentes, le obedecen; llama á los vientos, y éstos, sumisos, se humillan. A Él inclinanse el torbellino y la tormenta, los huracanes y las centellas, los vendabales y las aguas. Si habla, su voz es un trueno; si mira, su mirada es una saeta; si manda, es obedecido ántes de acabar su palabra. ¡Dios omnipotente, abismo de majestad y de esplendor! ¿Quién, pues, delante de Ti, no se humilla? ¿Quién, al verte, no se postra? ¿Quién, al contemplarte, no te adora?

Y nosotros, mis amados hermanos, ¿negáramos á ese Dios el homenaje de nuestra adoracion? ¿No nos postráramos á las plantas de su inaccesible trono? ¡Oh Virgen excelsa! excitadnos, Vos, pues, con vuestro ejemplo, á rendir tan sagrado tributo de veneracion y de homenaje.

Llenaos de admiracion ¡oh cristianos! Mística flor de la Trinidad sacrosanta, penetrada en la idea más elevada de su Dios, María desaparece respecto de sí misma, y su sér mismo, parece que deja de existir ante sus propios ojos. Por eso Ella exclama: Mi alma glorifica al Señor; y le glorifica porque es grande su omnipotencia, porque su nombre es santo, porque su grandeza es infinita. Mi alma glorifica al Señor, porque hace cosas grandes, dispersa con su poderoso brazo y aniquila con su gloriosa diestra. Mi alma glorifica al Señor, y le glorifica con el anonadamiento, le glorifica con la humillacion, le glorifica con cánticos del más profundo respeto. Y al decir esto, siéntese sorprendida por la contemplacion de aquella gloria, aterrada por la inmensidad de aquella grandeza, subyugada por la majestad de aquel semblante, que la fé le hace descubrir en su Dios. Entónces, con la vista recogida, la frente inclinada y el entendimiento humillado, permanece en el más profundo silencio, en la más viva admiracion. Recobrada de su éxtasis, vuelve á su aposento, póstrase sobre el suelo, y allí quisiera prorumpir en nuevas alabanzas, en nuevos cánticos y en nuevas voces; mas se lo impide la emociion de su espíritu, la detiene la confusion de su rostro, y Ella confiesa la insuficiencia de su len-

gua. Luego, mira atónita, contempla con atencion, y adora reverente; mas, sintiéndose vencida, cae oprimida por la majestad, la grandeza y la gloria. Los espíritus celestiales, que nunca la abandonan, la levantan en aquel instante; ábrense de nuevo con dulzura sus cerrados ojos; Dios se presenta á su vista más tierno, más benigno, más amable; pero esta nueva vision, conviértese en nuevo motivo de admiracion y de alabanzas. Una vez contemplada la omnipotencia, ofrécese á su vista el saber de ese Sér perfectísimo; y ¡ah! ¿quién fuera capaz de deciros los raptos, los afectos, las aclamaciones y las alabanzas, á que da lugar tal contemplacion!

¿Qué océano tan profundo é ilimitado no es, mis amados hermanos, el de la infinita Sabiduría? Medidla por los objetos sobre los cuales se extiende; medidla por las obras que, maravillosa, produce. Siendo la Sabiduría primogénita de los siglos eternos, anterior á todas las criaturas, no hay objeto alguno presente ni futuro, que pueda sustraerse á su penetrante mirada: los séres que existirán, y aquellos que pudieran existir, los sucesos futuros, y los posibles, y los acontecimientos condicionales, no se escapan á aquella mirada sapientísima: las obras externas y los pensamientos interiores, son, igualmente, manifiestos ante aquel entendimiento perfectísimo. Y aún todo eso, es una nada para su cognicion. Siendo eterno, infinito y perfectísimo, conócese, claramente, á sí mismo, y compréndese con toda propiedad; y conociéndose y comprendiéndose, engendra á su Verbo; y Éste es su imagen perfectísima y consubstancial, es el espejo y el candor sin mancha, es la idea arquétipa de todo lo criado.

¡Oh abismo sin fondo y sin limites! ¿El Verbo es, pues, la idea arquétipa de todo lo criado? ¿Cómo pudiera no resplandecer en Él, el infinito saber? ¿Cómo no debiera ostentarse en Él, la infinita sabiduría del eterno Artífice? Admirad ¡oh cristianos! esa sabiduría en la grandiosidad de los cielos, en la profundidad de los mares y en la superficie de la tierra. Y ¿qué sabiduría no debió fijar las leyes respecto del movimiento de los astros; qué sabiduría no debió ordenar la revolucion de los planetas; y qué sabiduría no debió establecer la armonía entre las estrellas? Y enumerad las obras de la sabiduría en la amplitud de los mares, en la ley que los contiene, en la fuerza que dirige sus impulsos, en la causa que conserva su fecundidad, en los peces que viven allí en tan gran número; en las perlas infinitas que en su seno se crian, y en los corales que componen su riqueza. Y ¿no es admirable, acaso, el número y la variedad de sus islas, la amenidad de sus playas, y la belleza de sus orillas? Y ¿qué sabiduría no será aquella, que embelleció de flores y de mieses la tierra, que

vistió las riberas y abrió los precipicios; que afirmó los montes y estableció las llanuras? Y las heladas fuentes, y los brillantes rios, y los ricos veneros ¿no son, por ventura, la prueba de un infinito saber? ¡Ah! con sobrada razon, escribía el evangelista de Patmos, que la cabeza y los cabellos del Altísimo, eran blancos cual la nieve, y candidísimos cual la lana, y sus miradas semejantes al llameante fuego. Con sobrado motivo, igualmente, exclamaba el Salmista, que las obras del Omnipotente son admirables, y que sobrepujan todo saber criado. Y con sobrado motivo, por último, la mística Trinitaria, nuestra Madre santísima, postrábase, humillada, en la contemplacion de las divinas grandezas.

Ella, hermanos míos, que veía realizarse en sí misma la obra verdaderamente digna de la divina sabiduría; que contemplaba en su seno dos naturalezas en una sola hipóstasis, hallándose unidas la humana y la divina; que se reconoció Virgen, y, al mismo tiempo, Madre ¡oh! no podía ménos de sentirse arrebatada á la contemplacion de tanta sabiduría. Y despues de haberse considerado á sí misma, dirigiendo su mirada á Dios, Ella no podía dejar de admirar aquellos sublimes prodigios que distinguen en Dios las hipóstasis, sin confundirlas; que unen, sin identificar las personas, y que terminan, sin multiplicar la naturaleza. Y desde esas consideraciones elevadísimas pasa á la contemplacion de las obras exteriores de Dios; y cual mística flor Trinitaria, admira con el candor de sus hojas, aquella mano que ordena los cielos, dispone en la tierra y reina en los mares. Y de la sabiduría divina háblale la luz, de la sabiduría divina háblanle las estrellas; y de la divina sabiduría háblale el firmamento. Y la sabiduría encuentra en los esplendores del sol, en la obediencia de la luna, y en la variedad de los planetas. Y sabiduría le revela el iris, con sus siete colores; sabiduría le revela la fresquísima aurora; sabiduría le revela el esplendoroso medio día. Y la saluda en las flores, la contempla en las fuentes, y la venera en las aguas. Si el ave canta, recuerda la sabiduría de Dios; si el céfiro la alienta, recuerda esa misma sabiduría; si oye algun sonido, es para ella un prodigio de sabiduría. Y, teniendo ya tan lleno su entendimiento de la divina sabiduría, á ella entona himnos, á ella ofrece tributos, y ante ella se postra con la más profunda humildad de su corazon. Y si Ella piensa en su alma: ¡oh Señor! exclama, grande es, en efecto, la sabiduría que la unió á mi cuerpo. Y si mira algun objeto: ¡oh Señor! repite, grande es, en realidad, la sabiduría que me dió estos ojos que poseo. Y si contempla su propio cuerpo: ¡oh Señor! añade, grande es, ciertamente, la sabiduría que configuró mis miembros. Y ¿dónde, ¡oh Se-

ñor! no resplandece vuestra inteligencia perfecta, vuestra mirada penetrante y vuestra sabiduría infinita? Así se expresa; mas el éxtasis viene á interrumpirla al tiempo de pronunciar tales palabras; y atónita, contempla y enmudece.

Y ¿cuándo, pues, nosotros ¡oh cristianos! nos acordamos de elevar un cántico de admiración al Altísimo, por tantas inauditas bellezas como nos rodean, por tantas pruebas de infinito saber como nos sorprenden? ¡Ah! nosotros, tibios en el amor de nuestro Dios, no sabemos siquiera admirar su sabiduría. Mas ¿qué he dicho, hermanos míos? ¿No he dicho que somos tibios en el amor de nuestro Dios?

¡Oh excelsos querubines del cielo, abrasados serafines! Vosotros, que, penetrados de la omnipotencia y del saber de nuestro Dios, no cesáis ni un momento, de dirigirle vuestros fervorosos amores, concedednos, por un momento, aquellas llamas; concedednos, por un instante, aquellos encendidos suspiros; aquella flor Trinitaria, cuyo color amarillo nos impone adorar el poder; cuyo color blanco nos ordena admirar el saber; y cuyo matiz purpúreo nos manda invocar al amor.

Y ¿quién de nosotros pudiera rehusarlo? ¿Acaso no fuera digno de nuestros miserables afectos aquel Dios, que á la grandeza de su sér y á la sabiduría de su entendimiento, añade una plenitud de amor, hasta el extremo de proceder de Él un espíritu, en sus dones setenario, en sus méritos infinito, y en su naturaleza eterno? ¿Pareciéranos poco, por ventura, el contemplar á ese Dios, dotado no solamente de grandeza y sabiduría, sinó adornado, al mismo tiempo, de toda perfección posible, y de toda excelsa virtud? La justicia, la santidad, el esplendor, la providencia, la bondad, la fortaleza, el consejo, la omnisciencia y el amor; ¿no son esas, pues, las perfecciones que le distinguen? Y ¿qué cosa existe en Él, que no sea á propósito para inflamar nuestros pechos y abrasar nuestros corazones; para encadenar, por decirlo así, nuestro espíritu? Él es en sí mismo el sér más perfecto; en sus obras, el sér más admirable; y respecto de nosotros, el sér más benéfico. Si buscais para amarle, las gracias del rostro, el suyo enamora al Paraíso; si pedís la belleza del cabello, el suyo es de blanca nieve, herida por los vivos rayos de luz. Circuye su frente la diadema de la magestad y del imperio; cubren sus hombros la grandeza y la gloria; y en su muslo lleva escrito: Rey de reyes, Señor de los señores. Si pedís qué utilidad nos reporta su posesión, Él es el Iris que serena nuestra mirada, el canto que regocija nuestro espíritu, el céfiro que se desliza por el rocío de nuestras lágrimas. En Él está el término de nuestros males; en Él la

plenitud de los bienes; en Él la saciedad de la vida. Es nuestro padre en lo presente, nuestra felicidad en lo futuro, nuestro esposo en la tierra, nuestro consolador en los cielos, nuestro alimento en la vida, y nuestra hartura en la pátria. ¿Qué más pudierais apetecer, pues, mis amados hermanos? ¿Cómo aún no sale de vuestros corazones el grito del reconocimiento, una palabra de invocación, un acento de amor por vuestro Padre, por vuestro Esposo, por vuestro altísimo Dios? ¿Deseais un ejemplo de ello? La mística flor Trinitaria os lo suministra.

¿No véis qué color de púrpura tan encendido la distingue? Pues nada es eso respecto de las aspiraciones de su propio corazón. Dejad que os ame ¡oh Señor! hé ahí las palabras que profiere sin cesar. Dejad que os ame ¡oh Señor! hé ahí el manjar que cada día la sustenta. Dejad que os ame ¡oh Señor! hé ahí el arma que la defiende en toda ocasión. Y si mira los cielos: amor, exclama; si mira la tierra: amor, repite; y si abraza á su Hijo: amor, clama, una llama de amor. Y esa llama la pide en el Templo, la solicita en su aposento, y la demanda á su recién nacido Infante. Amor, exclama, al despuntar el día; amor, al caer de la tarde; y lo mismo en pleno mediodía, que en las profundas tinieblas, no pide otra cosa que llamas de amor. Ella conoce la belleza de su Esposo, admira la afabilidad de su rostro, lo compara á una rosa; mas, tal comparación, no la satisface todavía: le considera como una perla; mas este simil tampoco le basta: le llama estrella; mas la distancia con la realidad siempre permanece infinita. Por eso, subyugada por aquella mirada llena de amor: amor, va gritando Ella; amor ¡Dios mio! amor ¡Esposo mio! amor, mi todo.

Y hé ahí ¡oh cristianos! como María, en la veneración de la omnipotencia, en la admiración de la sabiduría, y en la invocación del amor, ostentábase cual mística flor Trinitaria; bella, porque era triple, descollando sobre un triple tallo, marcada y distinguida por un triple color; bella, por aquel amarillo, que hácia la grandeza propende; bella, por aquel blanco, que ante la sabiduría se postra; y bella, finalmente, por aquel purpúreo que al amor se rinde.

¡Ah! mis amados hermanos; instruidos esta noche por el ejemplo de nuestra Madre santísima, aprendamos nosotros, igualmente, á venerar, á admirar, y á invocar al Padre, en la omnipotencia, al Hijo, en la sabiduría, y al Espíritu Santo en el amor; y á los tres en el amor, á todos tres en la sabiduría, á todos tres en la omnipotencia; Dios uno, eterno, infinito, perfectísimo en el estupendo é inefable misterio de la fé cristiana, de la cristiana religion.

Mas ¡ay! hoy la fe de los cristianos es débil; y este misterio tan

excelso, y tan sublime, no se admira, ni se invoca. Hoy es cuando los hombres, teniendo completamente olvidada la elevada idea del poder divino, no profesando respeto alguno hácia el admirable saber que resplandece en Dios, y en sus obras, ni sitiéndose en manera alguna atraídos por aquel amor, que le hace el perfectísimo de los séres; consideran tan sublime misterio con glacial indiferencia, con mortífero decaimiento.

¡Ah! hermanos míos; avívese esta noche nuestra fé! recordemos ahora, que ese misterio es, sin embargo, el fundamento de nuestra religion santísima; la divisa que nos distingue entre las gentes; el arma que nos presta fuerza para abatir y vencer á nuestros implacables adversarios. Recordemos, que el Altísimo, para hacernos verdaderamente grandes y admirables, quiso que resplandeciera en nosotros la imágen y la semejanza de ese misterio, infundiéndonos un alma, una en su sér, trina en sus facultades, potente en sus efectos, admirable en sus obras, amorosa en sus operaciones. Recordemos, que el conocimiento de ese augusto misterio, no puede ménos que ennoblecir nuestra razon, cuando ésta, humillada por su nada, lo adora en su grandeza, lo admira en su sabiduría, y lo invoca en su amor. Pues bien; animados con el ejemplo de la mística flor Trinitaria, de nuestra Madre santísima, rindamos á Dios ese homenaje debido de alabanza, de admiracion y de amor. Y á fin de que dicho homenaje sea más agradable al Altísimo, ofrezcámoselo por la mediacion de nuestra Madre María.

¡Oh, Virgen excelsa! ¡oh mística flor Trinitaria! acoged, en este instante, nuestras humildes deprecaciones, y presentadlas con aquel amor, que reconocemos en Vos, al trono inaccesible de nuestro altísimo Dios. Tales son los ruegos de vuestros devotos ¡oh María! que, estimulados por vuestro ejemplo, desean rendir al más grande de los misterios, el más sincero, á la vez, que el más sagrado de los tributos. Sí, ¡oh Madre santísima! nosotros adoramos, con la más profunda veneracion, aquel Poder infinito, fuente y principio de la individua Trinidad; admiramos aquella Sabiduría, que, engendrada *ab eterno* por el Padre, hizo en el tiempo tan admirable ostencion de sí misma, en todas las obras del universo; invocamos, finalmente, con las voces más tiernas y afectuosas, aquel Amor, que, personificado en el Espiritu Paráclito, quiso ser sobre la tierra la vida, el consuelo y el refrigerio de los hombres. ¡Oh, Madre! por vuestra intercesion, acepte el Altísimo este débil homenaje de sus miserables hijos. Y Vos, por vuestra parte, perfeccionadlo, uniéndolo á aquel, que á este mismo misterio ofrecisteis un dia acá, en la tierra, y que

hoy ofreceis, con perfeccion mayor, desde el excelso trono de vuestra incomparable gloria. Y ¡qué consuelo no experimenta nuestro corazon! Habiendo ofrecido hoy el tributo de nuestra sumision, volveremos á ofrecerlo todos los dias de nuestra vida mortal, para ofrecerlo luégo, eternamente, en los esplendores de la gloria.

---

## DIA VEINTE Y CUATRO.

---

### EL ACEBO,

Ó SEA:

MARÍA, AUXILIO DE LOS CRISTIANOS.

*Ipsa conteret caput tuum.*  
Ella quebrantará tu cabeza.  
(GEN. III, 15.)

Los furiosos huracanes, los vientos terribles y las embravecidas tormentas, desátanse sobre los desiertos campos. Desnúdase ¡ay! todo árbol, marchitase toda flor, y toda planta conviértese en esterilidad y podredumbre. Las aguas van engrosando cada dia, los torrentes hinchanse á cada instante, y el enfurecido cierzo deja sentir, incesantemente, su helado soplo. Densas nubes cubren el cielo, los campos están tristes y desiertos, la tierra blanquea bajo una espesa capa de nieve. ¡Desventuradas avecillas, bestias infelices de los campos! ¿dónde podreis hallar, pues, un abrigo? ¿quién os suministrará vuestro alimento? ¿en qué lugar podreis preservaros de los rigores del frio, de los vientos y de las aguas?

¡Ah! mis amados hermanos; adorad la providencia de un Dios, que, blasfemada por el impío, escarnecida por el incrédulo, y negada por el ateo, es, sin embargo, aquel glorioso atributo con el cual el Altísimo se muestra á sus criaturas; á las cuales no abandona en sus